

**Leyendas chiquitanas:
transcripciones, revisiones y sincretismo en la literatura indigenista
del oriente boliviano**

IVANA LIBRICI

UNIVERSITÀ DI SIENA

Bolivia es un país de América Latina de gran riqueza cultural y humana ligada a la época prehispánica. Si la mayoría de sus habitantes son indígenas, con un 60 por 100 de personas que hablan idiomas indígenas y un 35 por 100 de mestizos, es notable también la gran variedad cultural y lingüística del país. En el mismo altiplano hay que tomar en cuenta, no sólo la cultura quechua y aymara, de origen incaica, sino también un gran número de minorías culturales y lingüísticas que pueblan la zona. En la sola provincia de Sucre, por ejemplo, se encuentran docenas de comunidades indígenas que no hablan ni quechua ni aymara, y a menudo tampoco el castellano, cuyos idiomas y caracteres culturales tienen que ser estudiados de manera completa. Sin embargo, los estudios sobre las poblaciones del altiplano están mucho más adelantados que los de las poblaciones de las llanuras del país. Por complejas cuestiones políticas, sociales y de fragmentación cultural, los idiomas, el arte y la mitología del oriente boliviano son escasamente tratados por los estudios.

El departamento de Santa Cruz es, sin embargo, la región más ancha del país y tiene una riqueza etnológica única en el mundo. En particular, por lo que concierne la región de la Gran Chiquitania, existen notables estudios sobre el arte mestizo y la música, pero faltan casi completamente los estudios sobre la mitología. La Gran Chiquitania comprende la antigua región de Chiquitos, denominada Gobernación de Chiquitos durante la dominación española, que reúne el conjunto de las antiguas reducciones jesuíticas. Los primeros habitantes de la Gran Chiquitania, que fueron catequizados por los jesuitas, eran diferentes comunidades selvícolas nómadas de las que aún quedan algunas en estado de casi extinción. Las tribus tabicas, taus, boros,

penotos, caotos, zamaros, tamacuras, taripuicas, curicas, pequiuias, suberecas, petas, bosorocas, tabaracas, zamucos, ugarones, tobas, sapios, lurupecas, piñocas, guarayos, coipoterades, chiriguanos, sirionos, yanaiguas, son algunas entre otras muchas dispersas en tan extensa y rica zona. La primera reducción jesuítica de la Gran Chiquitania, San Francisco Xavier de los Piñocas (cuyo nombre actual es San Javier) fue fundada por la tribu de los piñocas el 31 de diciembre de 1691 por fray José de Arce y por su hermano Antonio de Rivas, aunque los jesuitas estaban ya activos en partes de la región desde más de un siglo antes.

Después de la primera reducción fueron edificadas otras diez más, incluyendo San Ignacio de Zamucos, fundada en 1723 y abandonada en 1745. La última reducción edificada fue Santo Corazón de Jesús de Chiquitos, ahora llamada simplemente Santo Corazón, en 1760. Hay que tomar en cuenta que casi todas las misiones jesuíticas fundadas celebran como fecha exacta de fundación el día de la festividad del santo patrono que dio nombre a la misión, como nos informa Héctor Landívar Flores en su folleto *Churapas. Breves datos sobre la Gran Chiquitania*. Muchas entre esas reducciones sufrieron destrucciones e incendios, algunas fueron reconstruidas y sólo algunas quedaron con sus formas arquitectónicas originales. Entre estas hay que señalar Santa Ana de Velasco, cuya belleza y estado de conservación es notable y que es el pueblo donde nació el autor que vamos a analizar. Santa Ana de Velasco, junto con San Miguel y San Rafael de Velasco son patrimonio de la humanidad de la UNESCO, por el estado de conservación de sus iglesias y por la estructura urbanística que quedó prácticamente inmutada desde la época de su fundación por los jesuitas.

Durante esa época las reducciones eran comunidades autónomas, aunque ligadas a la corona española, hasta la expulsión de los jesuitas por parte del rey Carlos III de España de sus territorios americanos el 27 de febrero de 1767. En el breve período de estadía de los jesuitas comenzó un movimiento cultural sincrético único en el continente por su fecundidad artística. En esa época las reducciones eran comunidades auto-suficientes de 1.000 a 4.000 habitantes capitaneadas por dos frailes asistidos por un colegio de ocho nativos (lo que sobrevive hasta nuestros días reconocido como las autoridades indígenas del “cabildo campesino”). Uno de los frailes jesuitas tenía el papel de “curador de almas”, catequizando a los nativos y

ocupándose de las liturgias y el otro fraile se ocupaba de las cuestiones prácticas de la comunidad. Los colonos españoles no estaban autorizados a vivir en las reducciones y, de facto, no podían quedar en las misiones por más de pocos días. Sólo los nativos y sus patronos jesuitas eran los habitantes legalmente reconocidos. En general los indígenas eran miembros de uno de los tres mayores grupos tribales de la región: los Chiquitos, los Guarayos y los Ayoreos. Unos pocos Chiriguano y Guaraní estaban presentes también en algunas de las reducciones. En el momento de la expulsión de los jesuitas, en 1767, había casi 37.000 personas en las diez reducciones chiquitanas. El lugar más importante de las comunidades era la iglesia que no era fundamental sólo del punto de vista religioso, sino por su importancia política, cultural y educacional. Hoy en día casi no se encuentran jesuitas en la Chiquitania, siendo los franciscanos la orden más influyente desde 1930. Las reducciones conocieron un período de gran confusión política y de declinación desde la expulsión de los jesuitas hasta la época de la independencia de Bolivia en 1825, cuando, pocos años después, terminó la secularización de todas las misiones.

El resultado del mestizaje cultural entre los nativos y los jesuitas fue muy fecundo, aunque, fue la cultura europea, llevada por los religiosos, la que más influenció la cultura local, sea del punto de vista formal, como en los contenidos, no obstante la disparidad numérica favoreciera los indígenas. En efectos, la obra de catequización fue tan fuerte que las sobrevivencias de la mitología indígena quedaron sólo en la esfera oral. Los comentaristas de la arquitectura, del arte y de la música chiquitana concuerdan en atribuir la supremacía cultural jesuita sobre la indígena, al hecho que los caracteres culturales, lingüísticos y artísticos de los nativos eran fragmentarios y la llegada de una cultura formalmente más fuerte hizo encanalar los recursos humanos de los habitantes en las formas culturales ofrecidas por los colonizadores. Los jesuitas pues enseñaron su religión a los nativos, unificaron la variedad de lenguas asimilándolas en un idioma común, el chiquitano, y enseñaron también las artes del viejo continente: la construcción arquitectónica, de manufactos, la incisión en madera y en oro, la construcción de instrumentos musicales y la composición de músicas barrocas. Según los testimonios los nativos aprendieron muy rápidamente y con gran interés las artes europeas, poniéndole también sus recursos

estéticos. El resultado de esta obra de sincretismo son las hermosas iglesias de las misiones, sus interiores decorados y las notables composiciones musicales que se pasan de año en año en el Festival de Música Barroca.

Las iglesias de las misiones fueron construidas por los nativos bajo la supervisión de los jesuitas. El mestizaje artístico produjo efectos en las dos culturas, con una mayor influencia en los indígenas que gradualmente adoptaron los recursos artísticos y formales de los misioneros, sobre todo la propensión a elogiar a Dios a través de las artes. Los misioneros estimularon el desarrollo de talleres artísticos, admirando la gran habilidad de los nativos en las reducciones, considerada una expresión de amor y de aceptación de la religión cristiana. El resultado es una forma de arte de carácter híbrido. Aunque el estilo y el contenido de las representaciones está principalmente ligado al Barroco Europeo, con su manierismo ornamental y con sujetos cristianos como santos, cristos y vírgenes, el Barroco chiquitano tiene unos fuertes rasgos locales. Encontramos, entonces, motivos que representan las creaturas mitológicas de las tribus, la flora, la fauna local y figuras ornamentales abstractas de gusto indígena. Los personajes representados tienen también los semblantes físicos de la población indígena. Sobre todo hay que remarcar el fervor religioso demostrado en el arte figurativo, que se refleja también en la gran religiosidad que los indígenas demuestran en la vida cotidiana hasta nuestros días, un fenómeno que está ligado a la fuerte inclinación mística de estos pueblos.

Si las manifestaciones de arte y de música son reconocidas como el resultado de un mestizaje, del punto de vista mitológico-literario la situación es diferente en cuanto hubo una substancial asimilación de la religión cristiana y las creencias locales quedaron en una posición de subalternidad, siendo consideradas meras supersticiones. La obra de Héctor Landivar Flores es notable en este sentido, porque es una de las primeras y más logradas tentativas de transcripción de las leyendas chiquitanas, que se muestran así en su sincretismo, además, revelan también la disparidad y la subalternidad cultural y social que sufrieron, y que siguen sufriendo en nuestros días, los indígenas de las llanuras bolivianas.

La bibliografía sobre la cultura chiquitana comprende, en efectos, un número consistente de ensayos sobre el arte y sobre la música del Barroco Mestizo y también

unas obras de carácter etnológico y etnográfico en la que tenemos que destacar las obras del antropólogo alemán Jürgen Riester, al cual debemos la compilación de un vocabulario y de una gramática del idioma chiquitano, y que son unas de las lecturas de Héctor Landívar Flores. Sin embargo, la obra del autor chiquitano puede ser considerada la primera tentativa de transcripción de las leyendas y de la mitología indígena, porque se trata de una obra no tanto de erudición o de estudio antropológico, sino una obra literaria que trata asuntos mitológicos indígenas escrita por un autor autóctono. La obra *Tradiciones y leyendas chiquitanas*, publicada en 1981, cuenta las leyendas tradicionales de la región escuchadas o vividas por el autor durante su vida: unos cuentos sencillos que revelan también las condiciones de vida cotidiana, la disparidad social entre mestizos y campesinos y el sincretismo con el que se presenta la mitología local.

Héctor Landívar Flores nació en Santa Ana de Velasco el 30 de diciembre de 1921, estudió en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, habiendo retornado ya joven a su tierra natal donde vive actualmente con su familia. Ha escrito varios trabajos sobre tradiciones, leyendas y costumbres de su tierra, muchos de los cuales quedan inéditos. *Tradiciones y leyendas chiquitanas* se basa en la narración de episodios de vida, real y fantástica, de personas de Santa Ana de Velasco o de San Ignacio de Velasco, que están ligadas a las leyendas y creencias locales. El mismo autor nos ofrece un resumen de las entidades y de los recursos mitológicos indígenas descritos en sus cuentos, en el párrafo sobre la mitología del folleto *Churapas. Breves datos sobre la gran Chiquitania*:

Actualmente el campesino chiquitano mantiene latente su creencia en los poderes extraordinarios del Sol, la luna, los vientos, los rayos de las tormentas, a los que le acredita suma influencia en la existencia de la vida.

A partir de su catequización, las tribus selvícolas de estos lugares, conocieron al Dios de los cristianos y ocupa desde entonces el lugar central en su creencia sobre una divinidad.

En su ancestro perdura la creencia, el temor y el respeto de 'EL JICHI' (genio guardián de un lugar determinado que su imaginación le da diferente forma. Unas veces 'El jichi' puede estar personificado por un tigre, una víbora, un sapo, un ave, etc. al que en ningún caso se debe matar, a riesgo de sufrir el castigo más terrible que imaginarse pueda.)

Cree también en los Hechiceros que saben poner el "oboish" o malpuesto (enfermedad mortal) y en aquellos otros que saben "hacer la contra" a estos males, curándolos. Todos los hechiceros, sin embargo, han vendido su alma al diablo.

Cree en el duende “la llorona”, “la corta-mortaja”, las almas en pena o “condenados”, en “el Chovoreka” (diablo) etc.

Para personalmente librarse de los males que ejercitan los hechiceros, el campesino tiene mano a recursos para exorcizar a la causa de su miedo, como ser, regar agua bendita, azotar con correas hechas de cerdas de animales (Cabestro) al aire y con fuerza, para auyentar los malos espíritus. Invocar a Dios, a su hijo, a la Virgen María o usar escapularios bonitos. En suma, mezclan su fervor religioso a su ancestral inventiva pagana. (Landívar Flores, 1997: 47-49)

En este breve, pero rico resumen, encontramos los rasgos principales de los cuentos de la obra y también el mismo sincretismo comentado a propósito del arte figurativo: la creencia fundamental es la cristiana, caracterizada por un gran fervor, a la cual se añaden elementos locales, como el uso del cabestro junto con el agua bendita para auyentar los malos espíritus. El mismo diablo cristiano se une a la figura mitológica local del “Chovoreka”, con la diferencia fundamental que todos los hechiceros, los buenos y los malos, tienen que venderle su alma.

“Los hechiceros” es el título del primer cuento, y el autor nos refiere que este es el epíteto normalmente usado para indicar a todos los habitantes de Santa Ana, dada la gran difusión de la hechicería en su pueblo natal. Otro carácter importante resumido en *Churapas* es el lío que existe entre los hechiceros, la magia y los personajes mitológicos y la naturaleza. En particular los hechiceros y los genios del lugar tienen la capacidad de transformarse en animales. La metamorfosis es un proceso fundamental en las leyendas porque los genios asumen diferentes formas animales y en animal se convierten los hechiceros, los hechizados y hasta las personas después de su muerte.

En *Relatos mitológicos*, un texto sobre leyendas y costumbres de la región de Santa Cruz, Germán Coimbra Sanz, el autor que presenta a Héctor Landívar Flores en la introducción de su obra, señala entre los mitos de las poblaciones del oriente del país el personaje del hombre-tigre, un hechicero que tiene la capacidad de transformarse en animal. Germán Coimbra Sanz indica el origen mítico común entre hombres y animales:

En los mitos de los pueblos primitivos del oriente del país, casi en forma unánime se tiene el concepto de que en los tiempos antiguos no había distinción entre seres humanos y animales. Son frecuentes las transformaciones ordenadas por los espíritus, de hombre en animal y de animal en hombre. Se habla de hombres-tigres como raza especial y hábitos

antropófagos, [...] como miembros de una sociedad secreta muy antigua y que perdura hasta nuestros días. [...]
Por todo esto y muchas cosas más el indígena siente respeto por los animales con quienes tiene el mismo origen mítico. (Coimbra Sanz, 1996: 37)

En este texto el autor cruceño se refiere al aprendizaje de los hechiceros de Santa Ana de Velasco, confirmando las informaciones contenidas en el cuento homónimo de Héctor Landívar Flores:

Para alcanzar esas facultades es necesario mucho estudio y un sacrificado aprendizaje que se inicia en Santa Ana de la provincia de Velasco. La virtud de convertirse en tigre u otro animal en forma temporal y a voluntad es el resultado de muchos conocimientos y de haber soportado con valor los requisitos esenciales inherentes a la categoría de brujos, tales como hacer un pacto con el diablo, para que, a cambio de su alma, reciban poderes terrenales. [...]
El mito del hombre-tigre está circunscrito principalmente a las provincias chiquitanas. (Coimbra Sanz, 1996: 37-38)

A pesar del pacto con el diablo, al que venden su alma, elemento de clara ascendencia cristiana y popular europea, que otorga al personaje un carácter de sincretismo, el mito del hombre-tigre es una de las leyendas chiquitanas en las cuales el origen prehispánico es más evidente. En efecto, otros personajes de las leyendas referidas por Héctor Landívar y por Germán Coimbra Sanz, a parte el silbaco, cuya origen es probablemente prehispánica también, como el farol de la otra vida, el duende o la viudita, son de clara ascendencia europea. Así como los hombres-animales o el silbaco se unen a elementos cristianos o europeos, los personajes míticos de origen hispánica presentan caracteres de la mitología indígena. En efecto, las costumbres del duende de trenzar los crines de los caballos y de hacerle nudos están también presentes en las leyendas europeas. El duende es descrito por Coimbra Sanz como un personaje que tiene las mismas características del duende europeo y que, por lo tanto, no ha sufrido mestizaje como en otras regiones de América, donde a veces se confunde con seres míticos indígenas, presentando como única innovación su adaptación al medio.

Sin embargo, el mismo autor lo describe con dos piernas que dejan una sola huella y con los talones para adelante (Coimbra Sanz, 1996: 234), características físicas que hacen pensar en los homólogos personajes de la mitología indígena brasileña: el

“saci-pererê” y el “curupira”. El duende del oriente boliviano tiene entonces unos rasgos de la cultura guaraní que, como hemos referido en la primera parte de este estudio, es uno de los grupos indígenas presentes en la zona, aunque minoritario. En las *Tradiciones y leyendas chiquitanas* de Héctor Landívar Flores encontramos a todos estos personajes míticos que son fruto de un mestizaje cultural, sin embargo, el autor insiste en la importancia de las creencias locales sobre los poderes de la naturaleza y sobre todo de los animales, tratándose de una de las sobrevivencias de la cultura prehispánica más influyentes en los rituales y en la vida cotidiana de los campesinos chiquitanos.

A determinados animales se les otorga precisas facultades, como por ejemplo a la “visita”, una especie de oróptero, color verde retoño de 5 a 10 centímetros de tamaño, que tiene el poder homónimo de anunciar las visitas y que está prohibido por el sentido común hacerle algún daño. El respeto de los animales, también la repugnante y venenosa víbora, es un concepto ancestral: matar a un animal, en general, trae mala suerte. Otros elementos naturales tienen poderes sobrenaturales: la admiración que suscita la belleza de un arcoiris puede encerrar un peligro, no se puede entonces apuntar el arcoiris con el dedo. En general los elementos naturales tienen que ser respetados y los indígenas les otorgan un poder sobre sus vidas.

Los hechiceros pueden poner el “oboish”, sin embargo, el autor nos refiere también otras creencias ligadas a los poderes sobrenaturales, como el clásico “mal de ojo”:

El “mal de ojo”, “vista fuerte” o “mal de cruz”, ocasiona a los recién nacidos la muerte. Esto se atribuye a la persona que tiene la vista muy fuerte y que al mirar a una criatura de menos de siete días, le ocasiona la muerte, la misma que se manifiesta por una profunda hendidura en el cráneo, en las partes aún cartilaginosa. (Landívar Flores, 1981: 114)

O como el “mocheó”, otra enfermedad que afecta a los recién nacidos y que se debe al influjo negativo que lleva una mujer de la familia al regresar de un velorio sin haberse cambiado de ropa. El autor indica también la cura:

Hay que estar presente cuando se carnea una res. Al sacar la panza de ésta, se hace un tajo en ella, justo para que por él sea introducida la criatura desnuda, dejando solamente la cabeza afuera de este original baño. Pasados no más de cinco minutos, se la saca y sin hacerle ningún aseo, se la lía en pañales y se la pone luego dentro de casa. Santo remedio. (ibíd.: 114)

Esta tipología de hechizo, como el mal de ojo o el influjo negativo sobre los niños, hace parte de sobrevivencias populares cuyo origen se pierde en el tiempo y que tienen rasgos comunes con hechizos parecidos de origen europeo. En la tradición popular europea, por ejemplo, se dice que los viejos no deben dormir con los niños porque les “roban” la vida. El autor dedica el capítulo final de su texto a estas creencias, denominadas “abusos”, que siguen siendo practicadas en la región. Una parte de estos “abusos” se refieren a rituales ligados a la infancia, otra parte trata las curas de las partorientes, con la indicación de remedios hechos con hierbas locales, y la cura de otras enfermedades. Otras secciones refieren los remedios sexuales y amorosos y los rituales y las creencias ligadas a la presencia animal.

El autor cuenta también la interdicción que existe entre los campesinos de enterrar a una mujer embarazada junto con el feto. Según la creencia hay que sacarle la criatura para enterrarla aparte. Esta creencia está presente también en el cuento “Los hechiceros”, donde un hechizo practicando toma la forma de una “peta” (tortuga) puesta por el hechicero en el vientre de una mujer. Los movimientos del animal y el crecimiento de la barriga hacen morir a la joven campesina, cuyo entierro es seguido por una profanación del cadáver para sacarle la peta, que se revela simplemente el fruto de un embarazo. Sin embargo, en la región, el adjetivo “petacuda” indica efectivamente la mujer embarazada.

El capítulo final del texto, sin duda una de sus partes más interesantes es el único intento de comentario antropológico del libro, que en los cuentos que lo proceden se presenta como el sencillo relato de episodios vistos por el autor en el que aparecen también los rituales del lugar. El autor no nos ofrece unos relatos completos sobre la mitología chiquitana y sus leyendas, más bien indica un camino que hay que perseguir por parte de los mismos habitantes de la zona: el de observar la vida cotidiana y de recordar, a través de la escritura, el mundo mágico en el que cree la gente de la región, cuyo origen es fruto de un fuerte sincretismo, cuya raíz es la cultura prehispánica. Esta cultura sigue estando viva en las creencias y en los rituales pero faltan los testimonios escritos. Si el arte y la música chiquitana, en su belleza y unicidad, son un material disponible a la fruición y al estudio, el repertorio mitológico

sobrevive en una esfera oral que se irá perdiendo en el tiempo. El trabajo de Héctor Landívar Flores ha empezado una tradición literaria indigenista inédita en las llanuras orientales de Bolivia. Una minoría cultural que hubiera quedado oculta y que todavía necesita trabajos de transcripción y de investigación.

BIBLIOGRAFÍA

BAILEY, Gauvin Alexander (1999). *Art on the Jesuit Missions in Asia and Latin America, 1542–1773*. Toronto, U. of Toronto Press.

_____ (2005). *Art of Colonial Latin America*. Toronto, Paperback ed.

COIMBRA SANZ, Germán (1981). “Presentación”, en LANDÍVAR FLORES, H., *Tradiciones y leyendas chiquitanas*. Santa Cruz de la Sierra, El País.

_____ (1996). *Relatos mitológicos*. Santa Cruz de la Sierra, UPSA editora.

LANDÍVAR FLORES, Héctor (1997). *Churapas. Breves datos sobre la Gran Chiquitania*. San Ignacio de Velasco, Santa Cruz de la Sierra, El País.

_____ (1981). *Tradiciones y leyendas chiquitanas*, Santa Cruz de la Sierra, Fundación Cultural “Ramón Darío Gutierrez”.